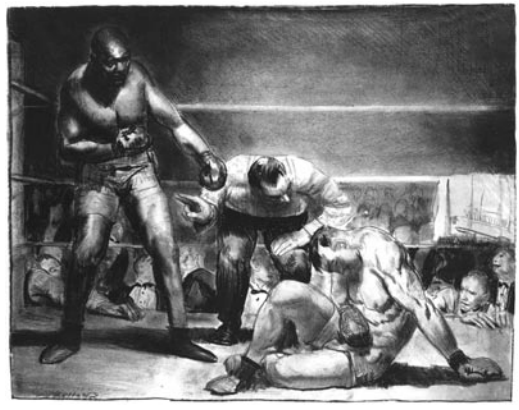
Nieve Negra



Primera edición en Reino de Cordelia, noviembre de 2024

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodecordelia.es
@reinodecordelia.es facebook.com/reinodecordelia
https://www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S.L.
C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º pta. 13
28003 Madrid

El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© David Torres, 2024

Ilustración de sobrecubierta © Carlos Fernández del Castillo, 2024
Cubierta: Detalles de las pinturas de boxeo de George Bellows (1882-1925)

IBIC: FF | Thema: FFL
ISBN: 978-84-19124-99-9
Depósito legal: M-24187-2024

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press
Impreso en la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Nieve Negra

David Torres

Índice

1	13
2	29
3	41
4	55
5	67
6	77
7	89
8	103
9	113
10	125
11	137
12	149
13	159
14	169
15	179
16	191
17	201
18	209
19	219

Para Lola y Francis

I.

Dicen que Dios ve todas las cosas, sobre la tierra y bajo la tierra, por eso lo representan destilado en un ojo volador, una pupila triangular que observa a todo bicho viviente, el pasado, el presente y el futuro, lo que somos, lo que seremos, lo que fuimos. Pero maldita sea si aquella noche no había más ojo sobre mi cabeza que la jodida cámara conectada a los cables del monitor de seguridad que grababa nuestros bostezos, coloquios y broncas. Me habían repetido muchas veces que ya no tenía edad para trabajar de portero de discoteca, pero yo fingía que era sordo, algo que no me costaba mucho. Es verdad que estaba ya mayor y que cojeaba de un pie, pero poco más había que hacer allí aparte de atornillarse al suelo y aburrirse mucho. Por eso me habían puesto de compañía a Bobo el búlgaro, por eso y porque Bobo tenía que ir aprendiendo el oficio. Bobo en realidad se llama Bogdan, pero llegó a Madrid con el mote puesto de fábrica, un diminutivo o un apodo, no sé, no le hago mucho caso cuando me habla y suele hablarme casi todo el tiempo. Como es grande y fuerte, decidió hacerse púgil, pero carecía de habilidades para el boxeo

aparte del tamaño, los músculos, una cara como una tabla de lavar y una sorprendente aptitud para encajar toda clase de agresiones físicas: patadas, rodillazos, codazos, puñetazos, cabezazos. Una noche cuatro tíos se fueron a por él, uno de ellos con una cadena y otro con un casco de moto, lo molieron a golpes sin que se diera por enterado y acabó con ellos antes de que yo me decidiera a echarle una mano.

A pesar de su estoicismo y su capacidad para absorber hematomas, Venancio lo echó de su gimnasio después de mes y medio de entrenamientos. Era incapaz de enseñarle los rudimentos básicos: el directo, el gancho, las fintas, el juego de piernas.

—Bobo —gruñía Venancio—. Qué bien le va el nombre.

—Es un buen chaval, solo un poco lento.

—¿Un poco? Cuando quiere abrir la boca, ya se le ha olvidado lo que iba a decir.

—No me negarás que tiene una mandíbula de acero y una mano de plomo. Con mucho menos que eso hay quien ha llegado a campeón.

—También tiene una losa de cemento en los pies y otra en la cintura. No sabe bailar, no sabe esquivar, no sabe moverse. Reconozco que habría que usar un tractor para hacerle mella, pero es un tentetieso. Dale tú clases, si te apetece.

Lo intenté, pero Venancio no exageraba cuando decía que Bobo tenía dificultades para asimilar ciertos conceptos. Por ejemplo, le costaba distinguir entre la derecha y la izquierda. Tampoco se le metía en la cabeza que entre el pugilismo y la profesión de portero de discoteca hay muchas diferencias aparte del cuadrilátero, el vestuario, el árbitro,

el toque de campana y los tres minutos por asalto. Intentaba inculcarle la idea de que los puños son el último recurso, que es mejor hablar, razonar, persuadir, amenazar incluso, antes de resolver un conflicto a hostias. Pero Bobo sacaba las manos a la menor oportunidad y a veces él mismo empezaba la trifulca, no por maldad o ganas de pelea, sino por sus dificultades con el castellano y la inocencia con la que andaba por la vida. Después de todo, no era más que un huérfano de veinte años, un bebé búlgaro de metro noventa y cien kilos y pico al que habían rescatado en plena infancia de un hospicio inmundo. Venancio lo apadrinó con la esperanza de convertirlo en un peso pesado, pero mi viejo entrenador había sobrepasado la edad de la jubilación y carecía de paciencia para ponerse a pulir un diamante en bruto que tenía más de bruto que de diamante.

De manera que Bobo, prácticamente analfabeto, sin estudios ni experiencia laboral ni más papeles que unos antecedentes policiales, terminó por recalar en las filas de la Viuda, la anticuaria que controlaba los peores garitos de Moncloa y Chamberí y los negocios turbios de la zona centro. Fue ella quien lo puso a mi cargo.

—Es un favor que me han pedido los búlgaros.

—De acuerdo.

—No se me ocurre otro sitio donde colocarlo. Me temo que el chaval es un poco bruto.

—¿Es para que estemos a la par?

—Tú solo cuida de que no desgracie a nadie y de que vaya aprendiendo a andar solito.

De pie entre las sombras, la Viuda jugueteaba con un bastón con la empuñadura en forma de águila. Tenía la tienda

atestada de cachivaches equívocos: baúles de doble fondo, tallas de madera falsificadas, escritorios amañados, bolas del mundo con la geografía obsoleta, jarrones chinos de Talavera, tablas medievales recién pintadas. Alta, más alta que yo sin necesidad de tacones, vestida de negro de arriba abajo, las facciones duras y violentas rematadas en un moño tirante, ella misma parecía una mujer de otra época, de siglos atrás o del tiempo en que aplastó a los otros clanes del barrio. En su juventud debió de ser una mujer impresionante y en cierto modo todavía lo era. Levantó el maltratado globo terráqueo por la línea del ecuador y descubrió un botellero con una variada oferta de licores y aguardientes.

—¿Te apetece una copa?

—Sabes que no bebo.

Aparte de eso, la Viuda sabía muchas otras cosas sobre mí, quizá por eso siempre me sentía incómodo en su presencia, como si tuviera el don de radiografiarme con aquellos ojos claros que destellaban electricidad pura. Seguramente esa perspicacia sobrenatural la ayudó a hacerse con el poder: la perspicacia, la inclemencia y ese extraño aire maternal bajo el que iban a refugiarse sus acólitos. La conocía desde mucho tiempo atrás y supongo que me consideraba de la familia, pero yo sabía que con la Viuda siempre había un mecanismo oculto, del mismo modo que la bola del mundo daba paso a un botellero o que el bastón ocultaba un estoque.

—Sé que ese chico puede ser un engorro. Te daré trescientos más por las molestias.

—No hace falta.

—No es cuestión de que falte o que deje de faltar. Es lo justo.

Más que cualquier otra cosa —la crueldad, la codicia, la simple fuerza bruta—, la Viuda creía que la justicia era la base de su autoridad, el cimiento moral que mantenía firme el orden en sus dominios. Intentaba ser ecuánime incluso en la venganza y no permitía que el rencor, el nepotismo o las animadversiones personales nublaran su juicio. Los vecinos que iban a consultarle sobre una disputa acataban sus decisiones con la certeza de un oráculo. Si la Viuda había decidido acoger a Bobo, no era porque les debiera un favor a los búlgaros, sino porque pensaba que era lo justo. Así que ahí estábamos los dos, frente a la entrada del Danzig, Bobo enfundado en un chándal del ejército español que le venía pequeño y yo en un tres cuartos de cuero que apenas me protegía del frío. Zapateaba contra el suelo y me frotaba las manos mientras Bobo se exhibía a pecho descubierto como si veranease a orillas del Danubio, la cremallera bajada, sin más abrigo que una camiseta negra, el rosario de sortijas y pulseras en las manos y un par de cadenas metálicas colgando del cuello. No eran las doce de la noche y hacía solo unos minutos había logrado evitar que embistiera contra una pareja de homosexuales que lo llamaron «osote» y vacilaron un rato con él por toda la ferretería que cargaba encima. Tuve que explicarle que era un piropo y que solo estaban bromeando, pero le costaba entenderlo.

—¿Dos hombres? ¿Cómo lo hacen?

Se rascaba la cabezota, sorprendido y pasmado, un asombro genuino, como si la homosexualidad fuese una variedad de vida extraterrestre o un arte marcial por completo desconocido en Bulgaria.

—¿El qué?

—Quiero decir, ya sabes… —Hizo un gesto confuso con las manos—. En la cama.

—Imagínatelo.

Le vi fruncir el ceño un buen rato, intentando hacerse a la idea: casi se adivinaban los crujidos al fondo de su mente. Aproveché para visitar los lavabos, porque mi próstata tampoco era la de antes. Para ello tuve que atravesar una hidra de jóvenes bailando bajo un caos epiléptico de luces y decibelios, dejar atrás dos barras arracimadas de borrachos y cruzar un túnel angosto, plagado de tuberías y remaches como la tráquea de un submarino. Antes de plantarme frente al urinario, revisé las cabinas una a una para asegurarme de que no había camellos apostados dentro. Solo encontré la típica literatura de retrete, los grafitis políticos, sexuales y humorísticos pintarrajeados sobre los azulejos entre una fauna de monigotes y garabatos. Estaba lavándome las manos después de orinar en soledad cuando Loco Iván entró dando una patada a la puerta, cuadró sus dos metros de músculos y empezó a chillarme en búlgaro, una cháchara incomprensible de la que solo pude sacar en claro dos sílabas.

—¿Y Bobo? —resumió al fin.

—En la puerta.

—¿Lo has dejado solo?

—Bueno, creo que ya es mayorcito.

No es que Loco sea muy afable en estado de sobriedad pero el alcohol y la coca lo aceleran hasta incendiarle el apodo. Rompió el borde de un lavabo de un codazo y luego se puso a chillar, escupiendo insultos a borbotones, con la saliva prendida de la comisura de los labios, los dientes a punto de saltar de la boca y las pupilas girando fuera de sus órbitas. Aunque

iba puesto hasta las cejas, era difícil calcular cuánto había de teatro en aquel numerito. Para mantener en forma el personaje que había creado entre alaridos y excesos, trabajaba varias horas al día en el gimnasio y se añadía puntualmente un tatuaje al cómic de tinta que le tapizaba los brazos, el torso, la calva y la jeta. La historieta era visible a retazos, entre cicatrices y abdominales forjados a base de pesas: puñales, iglesias, banderas, calaveras y decapitaciones que aparecían y desaparecían bajo el enorme abrigo de piel vuelta con el que gesticulaba frente al espejo del lavabo.

—Eres idiota, coño —dijo, frotándose el codo magullado—. ¿Qué tal lo llevas con él?

—Bien —contesté, secándome las manos con un papel—. Ningún problema.

—¿Ningún problema? No me jodas. Bobo caga problemas uno detrás de otro y luego se los come. Ya te habrás dado cuenta de que no tiene mucho aquí. —Se golpeó la cabeza rapada, justo en el punto donde se había remachado una esvástica—. En Varna no paró de meterse en líos hasta que papá Drago me dio un toque para que me lo llevase.

Observé en el espejo aquel par de clavos azules que tenía por ojos: no quería darle motivos para pensar que estaba desafiándole. Papá Drago, Dragomir, era el amo de la noche en los Balcanes y andaba en conversaciones con la Viuda y otros jefes locales para establecer alianzas en Madrid. Se trataba de una partida de ajedrez la hostia de delicada en la que cualquier movimiento brusco podía hacer correr ríos de sangre. No era fácil de entender cómo alguien tan astuto y precavido como Dragomir confiaba en un tipo tan imprevisible como su ahijado para gestionar sus negocios en la capital: un matón

estúpido y pendenciero que andaba siempre en busca de bronca. La Viuda me tenía dicho que no hiciera caso de sus provocaciones, así me escupiera a la cara, y yo le respondía que tal vez Loco Iván no era tan loco ni tan estúpido como parecía, que a lo mejor solo estaba fingiendo, comprobando hasta dónde podía tensar la cuerda. No llegó a escupirme, pero se acercó tanto a mí que podía atisbar sus empastes de platino mientras le olía el aliento a vodka.

—¿No sabes que anda por Madrid?

—¿Quién? ¿Dragomir?

—El Dragón en persona. Si se acerca por aquí no creo que le haga gracia ver a Bobo solo frente a la puerta.

Me sonó a cuento chino. ¿Para qué iba a venir Dragomir de visita? ¿Para echar un vistazo a los locales que pensaba comprar? Loco Iván abrió el grifo, se remangó el abrigo y colocó el antebrazo bajo el chorro de agua fría.

—¿Hoy tampoco te apetece pelea?

—Sabes que no puedo, Loco.

—¿Te lo ha prohibido el médico?

—Eso y bajar escaleras. Va fatal para la rodilla.

—¿Y salir con chicas también? Menudo marica estás hecho.

—Las chicas, las drogas, el alcohol, el tabaco. Cualquier día me pone a régimen.

Sonrió de medio lado, juntó las manos y crujió los nudillos historiados con crucifijos, estrellas y símbolos soviéticos.

—A lo mejor eres un cobarde.

—Qué va. Solo es cuestión de peso.

—¿Qué tiene que ver el peso? ¿Me estás llamando gordo?

—No, Loco, pero eres bastante más alto que yo. Estamos en diferentes categorías.

—Si lo prefieres, me ato un brazo a la espalda. O mejor los dos brazos. Del primer cabezazo te parto el alma.

No contesté. Antes de irse, Loco se subió el cuello del abrigo y me enseñó otra vez los dientes forrados de metal, un ademán canino para demostrar quién manda. En mi vida había rehuido una pelea y prefería no pensar qué habría ocurrido si la Viuda no me hubiera prohibido expresamente refrenar las manos. Hacía años que no me peleaba con nadie, ni con guantes ni sin ellos, nada más que empujones, trifulcas y aspavientos, pero Loco Iván era tal vez la peor opción para volver a los ruedos. Incluso en la puerta del Danzig, entre niñatos y colgados, dejaba que fuese Bobo quien hiciera los honores. Me estaba haciendo viejo, no cabía duda. El tiempo se me había caído encima, acentuando diversos daños y molestias: la urgencia por ir a mear; la costumbre de despertarme en medio de la madrugada y no volver a dormirme; los huesos de una rodilla machacados; la sordera intermitente, cuajada de pitidos y silbidos, que padecía desde mi combate de despedida en México D. F., cortesía de Chamaco. Sí, tal vez la simple y honesta cobardía hubiese degenerado en prudencia. ¿Cómo iba a saberlo? No estaría seguro hasta el momento en que Loco y yo chocáramos testuces y representáramos la ancestral ceremonia de la berrea: dos machos compitiendo por ver cuál de los dos es más tonto.

Tampoco aguantaba el frío como antes, lo comprobé al salir de nuevo a la calle y tropezar con Bobo plantado frente a la puerta modelando arandelas de vaho. Le pregunté si había visto pasar a Loco Iván y me dijo que ni siquiera le

había saludado. Bueno, no había que hacerle mucho caso, probablemente tenía muchas cosas en la cabeza, aparte de cúpulas con forma de cebolla, hoces y martillos. Durante las horas muertas en que hacíamos guardia frente a la entrada, Bobo solía contarme historias de su niñez en el puerto de Varna, las peleas con otros chiquillos, los coches que robaba junto a su primo Hristo, las carreras huyendo de la policía. Papá Drago lo recogió del hospicio cuando no era más que un crío y lo había adoptado lo mismo que a un perrillo o un gatito, como a Loco Iván y a tantos otros huérfanos, solo que Bobo, al crecer, había resultado más bien un oso pardo. En vez de a la guardería o al colegio, Bobo había asistido en primera línea a las guerras entre bandas rivales y relataba anécdotas espeluznantes sobre la barbarie y la ferocidad de las venganzas de la mutra búlgara: mujeres desfiguradas, sicarios decapitados, piernas amputadas a hachazos. En contrapunto a ese doctorado en brutalidad callejera, me hablaba a menudo de Ivanka, la novia que había dejado atrás, echaba mano a la cartera y sacaba la foto de una muchacha de cara anchas y ojos de ámbar, una hermosura animal, las mejillas espolvoreadas de pecas y el pelo castaño apartado en dos trenzas que subrayaban su aspecto escandinavo. Sabía que Ivanka coleccionaba pingüinos de juguete y que trabajaba de gogó en una discoteca a orillas del mar Negro. Me dijo que en cuanto regresara a casa iba a casarse con ella.

—Si papá Drago nos da permiso, claro —añadió guardando la foto en la cartera.

—No entiendo. ¿Tenéis que pedirle permiso antes?

—Ivanka es ahijada de Dragomir, igual que yo. Es como si fuésemos hermanos.

No terminaba de acostumbrarme a su acento eslavo y al tono chirriante de su voz, que iba y venía como una radio con el dial descarriado. Estaban enamorados, o eso decía él, pero yo dudaba mucho de que fuese un sentimiento recíproco, más que nada porque Bobo le mandaba mensajes por el móvil, largas y enrevesadas parrafadas que me mostraba antes de pulsar el botón —como si yo supiera leer búlgaro— y que ella contestaba rara vez, con un par de palabras o un emoticono o un signo de interrogación. Al descifrar las respuestas, Bobo movía la cabeza a derecha e izquierda, lo cual era un problema, ya que ese gesto, en Bulgaria, lo mismo puede significar sí que no, de modo que no había forma de saber qué diablos pensaba, si se alegraba ante los escuetos mensajes de su joven amada o si por el contrario los censuraba enérgicamente. Ignoraba los motivos exactos por los que lo habían facturado fuera del país, pero podía suponerlos después de ver a Ivanka: pese a que estaba seguro de que papá Drago tenía un harén a su disposición, seguramente no quería desperdiciar una belleza así en manos de Bobo. Prefería reservarla para su disfrute personal o utilizarla en otras transacciones más lucrativas. No compartí mis sospechas con él, temía que lo tomase a mal y además le estaba cogiendo cariño al chico. Era mucho mejor darle carrete y dejar que hablara él: tarde o temprano soltaba algún dato interesante. La Viuda no me lo había puesto de ayudante solo para que le enseñara habilidades sociales; por eso, gracias a sus indiscreciones, había descubierto que Dragomir estaba invirtiendo mucho dinero en propiedades y negocios legales en la costa del mar Negro, incluyendo un canal de televisión privado, varios parques recreativos y una cadena de islotes frente a la bahía de Burgas.

—Le gusta mirar.

Bobo no dominaba del todo el castellano, así que podía referirse a muchas cosas, especialmente una que yo estaba imaginando.

—¿Mirar qué?

—No sé. Bichos. Animales. Pájaros.

Hizo el gesto de agarrar unos anteojos, con lo que deduje que el viejo Dragomir era uno de esos ornitólogos aficionados capaces de levantarse a las tres de la mañana por ir a vigilar el nido de un mirlo. Bobo me corrigió, intentando explicarme que también había fabricado varios terrarios y parques domésticos dedicados a la observación de insectos y pequeñas alimañas con luz de infrarrojos. Le costó un infierno explicármelo. Me daba apuro verlo bregar con el idioma y cambié de tercio aprovechando que una jovencita intentaba colarse por la puerta del Danzig.

—Lo siento. Mayores de dieciocho años.

—¿Quién lo dice?

—Lo dice el reglamento, señorita.

—¿El reglamento? A ver si te piensas que estamos en el *ring*.

Se cruzó de brazos, envuelta en una bola de felpa rosa de la que partían dos piernas interminables rematadas en un par de botas militares. Iba maquillada hasta las pestañas, aunque no le hacía ninguna falta. Toda ella parecía hecha de algodón de azúcar.

—¿Te conozco?

—¿Tú que crees? Apártate, anda, que pareces una farola.

La conocía, claro que la conocía. Años atrás se había sentado en mis rodillas, jugando con un candelabro o una muñe-

ca antigua, tirándome del pelo, mientras la Viuda y yo discutíamos algún asunto.

—Miriam —sonreí—. Perdona, has crecido mucho.

—Ya, sobre todo a lo largo. Déjame pasar, si no quieres que llame a mi abuela.

—Tendrás que llamarla. Lo siento, pero no puedo dejarte entrar sin su autorización.

—¿En serio? —Miriam sacó el móvil, una loncha negra último modelo, y lo esgrimió como si fuese una navaja—. ¿Crees que le va a hacer mucha gracia que la despierte a estas horas?

—No lo sé. Yo ni siquiera tengo su número.

Deslizó un dedo sobre la pantalla, manteniendo en pie la amenaza sin apartar sus ojos de los míos. Bobo resopló y alzó la vista a la cámara de seguridad, como si pidiera instrucciones. Por sus resuellos de ansiedad, comprendí que habría preferido enfrentarse a media docena de moteros armados antes que a esa chiquilla. Por una vez yo estaba de acuerdo. Finalmente, Miriam se mordió el labio inferior y guardó el teléfono.

—Piensa que puedo ponerme a chillar. Podría desgarrarme la ropa y gritar que me estáis violando.

—Podrías, no lo dudo. —Seguí sonriendo como un perfecto idiota, intentando tranquilizarlos a ambos—. Pero no vas a hacerlo, ¿verdad?

—¿Por qué no? Soy muy buena actriz, ¿sabes? Pronto actuaré en una película.

—No lo dudo.

—Vamos a hacer algo mejor —canturreó—. Vamos a irnos de juerga. Tú y yo. Esta noche. Ahora mismo.

—Tú y yo —repetí.

—Sí. ¿Qué pasa? ¿Tienes miedo?

—Un poco sí.

—¿Te asusta que se entere mi abuela?

—Me asustas más tú, niña.

—¿Desde cuándo los lobos tienen miedo de Caperucita?

—Deberían tenerlo. Mira cómo acaba el cuento.

Me tenía contra las cuerdas. Estaba acostumbrada a hacer lo que le daba la gana: cuando solo era una mocosa me armaba un berrinche horroroso si se me ocurría quitarle de las manos aquel abrecartas de metal, arrebatado de entre las antiguallas de la tienda, con el que podía sacarse un ojo. Era su única nieta, quizá por eso la Viuda le permitía todos los caprichos. Miriam nos observó despacio, primero a mí y luego a Bobo, como si su abuela también nos hubiera desempolvado del fondo del almacén y nos hubiera puesto allí solo para que ella se divirtiera un rato.

—¿Cómo te llamas?

—Bobo.

—Es fácil de recordar. Vamos.

Se colgó de su brazo y tiró de él, invitándole a que la acompañara, pero fue lo mismo que si intentara arrancar un árbol. Bobo la miraba sin saber qué hacer, sin comprender a qué estaba jugando. Sería difícil explicárselo porque yo tampoco tenía ni idea: ignoraba si estaba borracha, drogada o simplemente quería vacilarnos un rato. De repente, Miriam se hartó de tirar, lo soltó, nos mandó a tomar por culo y echó a andar calle abajo. Estuve a punto de seguirla, pero recordé que no podía dejar a Bobo solo en la puerta. Le dije que fuese con ella y que no le quitara el ojo de encima.

—¿Que no le quite el qué?

—Cuida de que no le ocurra nada. Anda, date prisa.

Se perdieron en la noche, sorteando varias filas de coches aparcados, dos sombras desiguales dibujadas al carbón, la pequeña Caperucita envuelta en algodón rosa y el lobo gigantesco detrás, arrastrando sus cadenas. Hacía un frío espantoso y no eran más que las doce y media de la noche. Miré un instante arriba, a la cámara de seguridad, solicitando yo también instrucciones. Ojalá hubiera sido Dios en lugar de un ojo artificial conectado a unos cables. Pero dónde está Dios cuando se le necesita.

2.

Aparte de Sebas, lo que más me gusta del Oso Panda es que, sea la hora que sea, allí dentro siempre son las tres de la mañana. Fuera pueden ser las cuatro de la tarde o las nueve de la noche, pero basta traspasar la puerta para ingresar en una madrugada eterna, un ecosistema propio hecho a base de madera arañada, botellas de licor dispuestas como viejos oficiales en la reserva, luces artificiales y una persistente niebla de tabaco. Sebas permite fumar cuando le apetece, sin atender a legislaciones sanitarias, del mismo modo que los horarios de apertura y cierre dependen de lo que le dé la puta gana. Por eso es raro que tenga un empleado echándole una mano al otro lado de la barra y, si lo tiene, no suele durarle mucho. Una vez descorre las rejas de metal y abre las puertas del antro, automáticamente son las tres de la mañana, una cronología avalada por los cristales ahumados y las ventanas tapiadas, la atmósfera pesada y taciturna, el reloj de cocina parado y colgado a un lado de la barra, con la esfera cuajada de polvo y moscas disecadas. Nos conocemos desde hace décadas, desde el tiempo en que alguien venía a proponerme

un encargo que casi siempre consistía en partirle la boca a otro alguien, cobrar una deuda, desalojar a un inquilino moroso, persuadir a un exmarido molesto de que olvidara cierta casa, cierto barrio y ciertas calles. Un día le prometí a mi madre que dejaba el negocio y, a pesar de que ella murió años atrás, no pienso romper la promesa. No estoy ya para muchos trotes, por eso había aceptado el trabajo de segurata en la puerta del Danzig los fines de semana. Vi que a mi compadre tampoco le iban mucho mejor las cosas, cuando un tipo le pidió una marca de whisky, no sé cuál, y tuvo que colocarse las gafas que le bailaban en la camisa y examinar una a una las etiquetas de la estantería. No hacía mucho, Sebas habría cogido la botella sin mirar, estirando el brazo hacia atrás, pero la edad también se le había caído encima. Sus gafas y su pelo blanco eran uno de los pocos detalles que habían cambiado en una decoración de finales de los años setenta que permanecía anclada en los mismos taburetes inestables, los mismos sillones de cuero raído, el mismo papel pintado emboscado en la oscuridad y la misma televisión de culo gordo en el que danzaban las reinas del patinaje artístico.

—¿Por qué no pones el partido del Madrid, Sebas?

—Porque no me sale de los cojones.

Cuchillas sobre hielo. Una vez, en un exceso de confianza, Sebas me contó que las patinadoras eran una penitencia y un recordatorio de la mujer que lo abandonó. Ahora había ampliado la oferta con vídeos de antiguas películas policíacas que miraba de refilón, sin volumen, porque las había visto mil veces y se sabía los diálogos de memoria. Los actores movían los labios, ejecutando en silencio turbios trapicheos de crímenes y drogas mientras Sebas murmuraba sus répli-

cas, las lecciones de sabiduría que iba extrayendo de asesinos de ficción y fantasiosos jefe de la mafia, en nada parecidos a los auténticos delincuentes que de tanto en tanto repostaban en el Oso Panda. Por el local venían también chulos pasados de fecha, camellos de tres al cuarto, rameras desportilladas que se sentaban a beber un rato entre cliente y cliente. Sebas esperó que se marchara la última antes de clavarse el palillo en la boca y acercarse hasta mi taburete fingiendo que limpiaba la barra.

—Me han dicho que te vieron anoche muy acaramelado en la puerta del Danzig con una jovencita.

—¿Acaramelado, Sebas? Vaya vocabulario.

—Me han dicho que era Miriam, la nieta de la Viuda.

—No me jodas. Conozco a Miriam desde que levantaba dos palmos del suelo.

—Bueno, y qué tendrá que ver eso.

—Que es una cría, joder.

—No tan cría. Eso lo ve cualquiera con ojos en la cara.

Tuve que contarle con cierto detalle lo que había sucedido, más o menos desde el encuentro con Loco Iván en los servicios hasta que le pedí a Bobo que vigilara a Miriam mientras yo me quedaba montando guardia. Sebas me oía acodado en la barra, soñoliento y escéptico, teñido de un aburrimiento creciente que empezaba en los párpados caídos y terminaba en el palillo viajando de un lado a otro de la boca.

—Estos búlgaros —resumió— te han engañado como a un chino.

—Nunca entenderé esa expresión. A los chinos no hay quien les engañe.

—Tampoco andas muy versado en expresiones, Rober. Ni siquiera sabes por qué lo llaman Loco Iván.

—Por lo loco que está, ¿no?

—Ni puta idea tienes.

Sebas siempre me dice que debería ver más cine. Me explicó que «Loco Iván» era una maniobra característica de los submarinos soviéticos, los cuales giraban súbitamente en redondo para compensar la zona ciega del sónar y descubrir si un submarino estadounidense los iba siguiendo. De este modo se habían producido colisiones que terminaban con uno o ambos submarinos averiados e incluso con más de una tripulación durmiendo en el fondo del Atlántico. No había mucho que un capitán norteamericano pudiera hacer cuando se encontraba con una mole bolchevique volviéndose hacia él entre las aguas; apenas tenía margen de maniobra: si intentaba eludir el topetazo, descubriría su posición y si no lo eludía, acabaría embistiéndolo.

—Loco no está tan loco como te piensas. Solo te está probando.

—Mira, no creas que no lo había pensado.

—Y además te engañó. El Dragón no estaba anoche en Madrid.

—Tú qué sabrás.

—Hombre, más que tú sé. Vino la semana pasada aquí mismo. Vimos juntos una película.

Creí que había oído mal y le pedí que me lo repitiera. Dragomir quería conocer a sus futuros socios y la Viuda había escogido el Oso Panda como punto de reunión por tratarse de territorio neutral. Avisó a Sebas con unas horas de antelación para que cerrara el garito hasta nueva orden.

—Trajo vodka del bueno y unas cuantas latas de caviar. Creo que todavía me queda alguna, si te apetece.

—No.

—En fin, aterrizó lo mejorcito de la noche madrileña: Tafari, Jimmy Perro, el Chino Li. Ni te imaginas la seguridad que traía cada uno.

Sin hacerme ningún caso, como siempre, Sebas buscó bajo la barra y sacó una lata azul jaspeada de símbolos cirílicos. Yo había bajado en alguna ocasión al sótano del Oso Panda, una caverna alfombrada de manchas de humedad con una bombilla amarillenta colgando de un cable del techo. Me hacía gracia imaginarme a los capos de la capital sentados sobre cajas de refrescos. Sebas terminó de darle al abrelatas y me mostró el tesoro escondido: una miríada de diminutas perlas negras y brillantes. Cogió dos cucharillas de café y me ofreció una, pero le repetí que no tenía hambre. Esto se come sin hambre, compadre, dijo, y probó apenas un pellizco. La reunión no duró mucho, apenas una hora. Al terminar, la Viuda y los jefes fueron subiendo uno a uno, con cara de pocos amigos, hasta que al final emergió Dragomir, sacudiéndose el polvo de los hombros. Entre el traje impecable, el bigote bien cuidado y los mechones canosos, la primera impresión que tuvo Sebas fue que se trataba de un mayordomo, no del jefe de la mutra del mar Negro.

—¿Y Loco Iván?

—No le permitieron asistir. Se quedó aquí arriba conmigo y con los demás guardaespaldas.

—¿Y quién hizo de traductor?

—Nadie. El tío habla español bastante bien, solo que con un acento raro. Me dijo que lo aprendió de una novia colom-

biana que no paraba de ver la tele por cable. Pruébalo, compadre. No has comido nada igual en tu vida.

Tuve que darle la razón: metí la punta de la cucharilla y en la boca me estalló un racimo de minúsculas uvas marinas. Estuvieron charlando hasta las tantas, compartiendo anécdotas del tiempo en que Dragomir fue camarero en el puerto de Varna. Podía haberse quedado toda la vida estancado en aquel tugurio de latón y formica, viendo pasar los barcos al otro lado de la cristalera empañada, pero eran los coletazos finales del comunismo y supo aprovechar el derrumbe del muro de Berlín para jugar las cartas que el destino le iba ofreciendo en bandeja: los vacíos de poder, las oportunidades de negocio, los cargos comprados, las elecciones amañadas, los comisarios políticos transmutados en caciques locales de la noche a la mañana. Fue usted más listo que yo, dijo Sebas. O quizá más tonto, quizá debería haber seguido limpiando vasos y sirviendo copas, quizá habría sido más feliz entonces, respondió papá Drago, peinándose las canas en un gesto que Sebas estaba seguro de que le había copiado a Vito Corleone. Cuando se lo mencionó, Dragomir sonrió: también tenía el vicio de ver viejas películas de madrugada para extraer enseñanzas, códigos mafiosos y normas de conducta.

—Me dijo que había aprendido muchas cosas de *El padrino*. Ten cerca a tus amigos, pero más a tus enemigos. Nunca dejes que sepan lo que estás pensando. Y la más importante: no salgas a pescar truchas en una barca, mejor vete a la pescadería.

Cucharada a cucharada, Sebas fue rebañando el caviar mientras me relataba aquella conversación de segunda

mano. Era un camarero de la vieja escuela, igual de bueno matando el tiempo que la sed, así que cuando contaba una película no se conformaba con el argumento ni con planos generales sino que imprimía en la cabeza del cliente una especie de fotocopia, a veces mejorada, de rostros, gestos, diálogos y secuencias plagadas de detalles. Tenía memoria fotográfica o como se diga, y yo me fiaba de ella en los viejos tiempos, cuando no sabía si aceptar un trabajo o no y Sebas me decía que había venido a verme un tipo al que retrataba de frente y de perfil, como si Velázquez pintara de oído.

—Dice que no tiene mucha suerte con las mujeres.

—Yo diría que más bien son las mujeres quienes no la tienen con él.

—Escucha lo que me contó. Conoció a Bilyana en un concurso de *misses* y se enamoró al instante; él tenía treinta y dos años, ella diecisiete, un cuerpo de escándalo y un rostro de diosa griega, pero lo que le llamó la atención fue un lunar pequeño a un lado de la boca. Le volvía loco ese lunar. Con el tiempo, después de la boda, Dragomir descubrió que el lunar se movía, aparecía más arriba o más abajo, unos días casi en el mentón, otros cerca de la nariz. Bilyana le confesó que se lo pintaba desde que era una niña, que lo había copiado de una actriz rumana de telenovela. «Mi punto de la suerte», dijo, y le alegró descubrir que las mujeres hindúes se colocan un punto negro en la frente para señalar que están solteras. ¿Un poco de vodka?

—No digas chorradas.

—Era por probarte. —Se echó un trago al gaznate—. En fin, Bilyana siguió pintándose el lunar en la boca hasta que un día, poco después de cumplir los veinticinco, descubrió

que le había salido uno de verdad, encima del labio superior. No podía creerlo, lo deseaba tanto que al final lo había conseguido. Solo que el lunar no dejó de crecer, consultaron a un médico, fueron a los mejores especialistas de Sofía, pero no hubo nada que hacer. Fue el lunar que acabó matándola.

Sebas giraba el vasito vacío sobre la mesa, dejando círculos sobre la madera. Rumió algo más en voz baja, tintineó la cuchara contra la lata de caviar, tapó la botella de vodka y dejó el vaso en el fregadero. Le metí un último tiento a lata de caviar, que estaba casi vacía.

—Suena a trola, la verdad.

—Peor todavía —corrigió—. Suena a película.

—Lo único que puedo decirte con seguridad es que Dragomir es mala gente, de verdad. Muy mala gente. Lo sé.

—No, no lo sabes, Rober. Tiene algo en los ojos que no le he visto jamás a nadie. Algo que hiela la sangre.

De improviso se abrió la puerta y entraron cuatro tíos atropellándose unos a otros entre carcajadas y empujones. Uno de ellos dio una palmada en la mesa exigiendo cubatas y luego preguntó a voces si no había putas disponibles. Sebas respondió con desgana que se habían equivocado de local y el otro comentó que bueno, que quizá era demasiado temprano, que venga los cubatas. Les di la espalda, intentando mimetizarme con la barra, pero unos golpecitos en el hombro me indicaron que no lo había conseguido.

—Roberto Esteban —masculló triunfal, señalándome a sus acompañantes como si yo fuese un accidente geográfico o un cartel de carretera—. ¿Qué os había dicho?

Todos iban muy borrachos, pero en su caso la ebriedad era su estado natural. Le achinaba los ojos, despeinaba las

escasas greñas sobre la frente y untaba su voz y sus movimientos de un temblor cómico.

—Elías Abarca. ¿Cómo te va?

—Esperando a ver si aceptas la oferta. Lo tengo todo preparado. ¿Qué me dices?

—Tengo que pensarlo.

—Coño. Lo mismo me dijiste hace una semana.

—Es que todavía lo estoy pensando.

—Qué carácter. Toma, por si acabas de pensar.

Rebuscó en la cartera y me entregó una tarjeta. Mientras Sebas servía las bebidas, Elías señaló una foto enmarcada debajo del botellero, una imagen de un cuadrilátero en blanco y negro donde estaba yo, muchos años atrás, con un calzón oscuro, la mano del árbitro sujetando mi brazo amartillado y Cesare Paviani de rodillas en la lona. Entre trago y trago, Elías les fue contando a sus compadres los pormenores de aquel combate al que había asistido en primera fila, hasta el punto de que le salpicó la sangre y le echó a perder un traje de seda, ¿te acuerdas, Rober? Porque en aquella época —farfulló, borracho perdido— éramos más que amigos, uña y carne, como se dice, pero la vida da muchas vueltas y el mundo no te digo las vueltas que da el mundo. Montaba la guardia, lanzaba la derecha, amagaba un gancho, inclinaba la cabeza y yo iba asintiendo a cada una de sus gilipolleces mientras masticaba las almendras de un cuenco: un mono aburrido en el zoo ante los aspavientos de un visitante que intenta quitarle el puesto al mono. Al final terminaron los cubatas, discutieron un rato para ver quién pagaba y se marcharon con un estruendo simétrico al de su llegada. Entre los empujones, Elías, sin dejar de reír, me hizo un gesto para

que le telefoneara. Sebas suspiró. Parecía cansado, muy cansado, pero las ojeras y la cara mustia lo acompañan de noche y de día, desde que abre la reja hasta que echa el cierre. Aquí siempre son las tres de la mañana.

—¿Qué te parece? —pregunté, arrojando la tarjeta a la papelera.

—Lo conozco —sentenció, cerrando la caja registradora—. No es más que un gilipollas.

Qué va, era mucho peor que eso: un niño de papá que había malgastado la fortuna familiar en ocurrencias ruinosas y negocios de mala muerte. Se apuntó a la política, durante unos cuantos años fue concejal de Cultura en el Ayuntamiento, pero ni siquiera servía para eso y acabaron echándolo del partido después de un escándalo que casi le cuesta la cárcel. Cuando yo lo conocí, ya estaba en horas bajas: intentaba dedicarse a promotor, más bien mosconeaba por los gimnasios en busca de púgiles principiantes, rodeado de una corte de lameculos y palmeros que le reían los chistes. No tenía la menor idea de boxeo, simplemente le excitaba ver a dos adultos peleando en un cuadrilátero. Pretendía formar una ganadería o una escudería, no estaba muy seguro de cómo llamarla, alardeando de billetes y de relaciones, pero, al ritmo que los dilapidaba, los billetes no le iban a durar mucho y las relaciones menos. Venancio lo echó de su gimnasio y le dijo que no se le ocurriera volver desde el día en que lo descubrió presumiendo de unas fotos donde estaba desnudo, retozando entre un montón de menores filipinas. Qué puto asco, murmuró Sebas. Por lo que yo sabía, ahora Abarca quería dedicarse al cine. Me había ofrecido participar en un proyecto por cinco mil a la semana.